

Humildad, verdad en camino

MARÍA DEL PUERTO, CD
Carmelo de Puzol (Valencia)

“Sabiedo las hermanas de este monasterio de san José cómo tenía licencia del padre presentado fray Domingo Báñez, de la Orden de santo Domingo, que al presente es mi confesor, para escribir algunas cosas de oración... ha sido tanto el deseo que las he visto y la importunación, que me he determinado a hacerlo, pareciéndome por sus oraciones y humildad querrá el Señor acierte algo a decir que les aproveche y me lo dará para que se lo dé”¹.

Todavía recuerdo la primera vez que, siendo una joven novicia con 22 años, leí el *Camino de Perfección*. Mi emoción interna y mi sorpresa cuando supe que Santa Teresa iba a explicarme “algunas cosas de oración”. No sé qué esperaba encontrar. Lo que hasta entonces había escuchado era más o menos lo siguiente: “Busca un sitio retirado y en penumbra, enciende unas velitas, pon un icono que te ayude, respira hondo, relájate...”; o incluso: “Escoge una parte del Evangelio y reflexiona, o sitúate en esa escena de la vida de Jesús”. No esperaba encontrar lo que encontré, pero entendí enseguida que sí, que ahí estaba la clave no sólo de la oración sino de un nuevo modo de ser.

“Antes que diga de lo interior, que es de la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias que, sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor; y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas”².

¹ *Camino de Perfección* (Escorial) = (CE). Santa TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, Editorial de Espiritualidad, 2000 5ª ed. Las citas de las obras de Santa Teresa siempre serán tomadas de este libro

² *Camino de Perfección* (Valladolid) = CV 4,3

Esta es la esencia para Teresa: adelantar en “el servicio del Señor”, fuente de la verdadera contemplación. Suele representarse al orante como una figura estática y plácida. Pero la mística auténtica, al menos para quienes creemos en Cristo, ha de ser inevitablemente una mística encarnada, humana y, por esto mismo, profundamente relacional. Por eso no sorprende que cuando enumera las “cosas necesarias” escriba: “No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré... Solas tres me extenderé en declararlas... la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; otra, verdadera humildad, que, aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas”³.

La humildad aparece como la hermana menor y la principal, la que “abraza” al amor y al desasimiento, haciendo de las tres una sola cosa. Tardé bastantes años en comprender la hondura de este modo de entender la vida, hasta qué punto el mensaje de Teresa es revolucionario y actual, a qué se refería cuando hablaba de verdadera humildad.

ENTENDER MAL DE LA HUMILDAD

“Siempre la humildad delante para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras. Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración, por hacerlos entender mal de la humildad”⁴.

Ciertamente, al ser un concepto, la humildad se presta a ambigüedades y falsas interpretaciones; ya Santa Teresa en su tiempo lo comprendió: “Pues guardaos también, hijas, de unas humildades que pone el demonio”⁵. La humildad auténtica es una escuela de agradecimiento, servicio, aceptación; no esclaviza, ni acepta la pusilanimidad⁶ o el servilismo, aleja de la mentira, sobre todo en la peor de sus facetas: el autoengaño, y nos abre a relaciones mutuas profundas y sinceras con nosotros mismos, con los demás y con Dios. Cuando hablamos de

³ CE 6,1

⁴ *Vida* = V 13,3-4.

⁵ CV 39,1.

⁶ Cf.. V 31,17; *Meditaciones sobre los Cantares* = MC 3,5.

humildad, entramos en una dimensión antropológica antes que religiosa, hablamos de construir seres humanos, personas veraces, antes que orantes, “porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración”⁷. La humildad no es una conducta, ni una norma, es un modo de relación. Y así lo entendió Santa Teresa. Ella, cuando enseña a orar, enseña a ser persona, a ser comunidad; por eso no habla de inciensos y velas, sino de un camino de libertad y liberación, de conocimiento propio y del entorno, de diálogo y escucha, de flexibilidad y radicalidad, de crítica y discernimiento.

Verdadera y falsa humildad

No toda humildad es sana. Bajo el amparo de humildad se han canonizado fariseísmos y orgullos solapados. La falsa humildad produce apretamiento, distorsiona la propia imagen, imposibilita para obrar el bien porque mina la autoestima y nos llena de desconfianza de sí y de Dios, llegando a poner en duda su misericordia. Sin embargo, la verdadera humildad “no inquieta ni desasosiega ni alborota el alma, por grande que sea; si no viene con paz y regalo y sosiego... No alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena (la humildad falsa) todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa”⁸.

Igualmente, la Santa nos advierte que no reconocer los dones de Dios⁹ también es humildad desfigurada y, como buena maestra, insiste en no dejarse llevar de “encogimientos”¹⁰, en saber agradecer las propias aptitudes y, sobre todo, acoger amorosamente el mayor don de todos que es Dios mismo y no dejarle solo¹¹. Esperar poco de Dios o de uno mismo es tener poca humildad, lo que va en detrimento personal y de los demás: “Tengo por cierto que, a quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced... estará muy falta de

⁷ V 13,16. Sin verdad no sería verdadera oración pues ésta es “atalaya adonde se ven verdades” V 21,5.

⁸ Cf. CV 39,1-2.

⁹ Cf. V 10,4.

¹⁰ El encogimiento inhabilita “para sí y para los otros” CV 41,5.

¹¹ Cf. CV 28,3.

humildad y del amor del prójimo”¹². La verdadera humildad consiste en conocer y reconocer lo que pueden Dios y la persona¹³. Cuando se es verdaderamente humilde, se toma conciencia de las auténticas capacidades que se posee.

No hay que olvidar lo fácil que es engañarse. En el *Libro de la Vida*, Teresa describe cómo precisamente por su amor a la verdad y a la coherencia, cayó en uno de los peores engaños que se puede tener, que es el de dejar la oración. Le parecía mejor “andar como los muchos”¹⁴ porque creía engañaba a la gente que la podía tener por piadosa, mientras ella conocía sus incongruencias. No quería engañar a Dios y a “la gente”, y se estaba engañando a sí misma: una verdadera lección. Esta experiencia amarga del autoengaño la sufrió en más de una ocasión¹⁵. Cuando Teresa nos explica el “líbranos del mal” del Padrenuestro, nos advierte de este grave peligro.

A veces, da avisos contra estas falsas humildades para personas consagradas, que en realidad valen para todos. Denuncia el gran peligro de no entender los propios defectos -que para la Santa es lo peor- y pone como ejemplos el creer que no se posee nada, cuando se es incapaz de postergarse a sí mismo y se está pendiente de la necesidad más superflua, o el pensar (y publicar) que ya no se da importancia a la honra. Estos son los que creen que ya lo tienen todo hecho y no necesitan más.

Otras falsas humildades de las que nos avisa pedagógicamente son el alboroto y la inquietud de pensar desasosegadamente en los pecados pasados, vivir con escrúpulos o tener penitencias desconcertadas y sin contrastar. Otros son los que creen que no hacen nada de provecho y que nada los hará cambiar; para estos da como remedio atajar los pensamientos negativos en nombre de la misericordia de Dios¹⁶. Ambas son actitudes paralizantes y, en el fondo, cómodas. Pues en ambos casos la persona queda estancada, encerrada en su propio yo (el “perfecto” o el “imperfecto”) y no avanza.

¹² *Moradas* = 1M 1,3.

¹³ Cf. *Cuenta de Conciencia* = CC 64.

¹⁴ V 7,1.

¹⁵ “Como no era a mi gusto, yo me hacía a mí misma desmentir”. V 7,7.

¹⁶ Cf. CE 67.

Mujer crítica

Hoy todavía no entendemos bien lo que es la verdadera humildad, que para muchos es sometimiento, pusilanimidad o un modo de ser acrítico. A menudo, seguimos confundiendo la humildad con una alienación vergonzante del ser humano. Teresa es una mujer crítica y se atreve a decir palabras duras en la España inquisitorial y misógina del siglo XVI. Así se duele: “Tiénela por poco humilde y que quiere enseñar a de quien había de aprender, en especial si es mujer”¹⁷.

Sus palabras en defensa de la mujer en su primera redacción de *Camino* (sorprendentes aun en nuestros días), fueron rabiosamente tachadas por el censor de turno; y en su segunda redacción Teresa hubo de callar por escrito lo que llevaba y pensaba en su corazón: “Que no hagamos cosa que valga nada por vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto... Sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos... Porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres”¹⁸.

Estas últimas palabras de Teresa producen un fuerte contraste con otras expresiones suyas de aparente docilidad o incluso infravaloración como su famosa expresión de “mujer y ruin”¹⁹; pero si se lee en su contexto, se observa que en realidad trasluce un gran atrevimiento y que son términos cargados de intencionalidad: ganarse la benevolencia del lector/censor, suavizar el hecho de enseñar sobre oración una mujer, etc. Intencionalidad no exenta de un buen toque de ironía: “Teresa se vale en esta obra, más que en ninguna otra, de la ironía para poner de relieve su desacuerdo con toda una serie de posturas sociales y eclesiales netamente antievangélicas: la discriminación de la mujer, la prohibición de la oración mental, la Inquisición, la hipocresía de la honra...”²⁰.

¹⁷ V 20,25.

¹⁸ Cf. CE 4,1.

¹⁹ CV 1,2.

²⁰ CARMELITAS DESCALZAS DE PUZOL, *Juntos Andemos. Páginas escogidas de Camino de Perfección*. Madrid, EDE, 2010, p. 30.

Pero lo mismo que la Santa se atreve a decir fuertes y comprometedoras palabras en favor de las mujeres, también hace burla a modo de autocrítica de los infantilismos que se daban entre ellas, siguiendo los arquetipos de la época; ante los cuales se rebela poniendo el acento del progreso en las virtudes y buscando el provecho ajeno no en expresiones ñoñas y de afectividad superficial²¹. Teresa es una mujer que utiliza su fina ironía para poner de manifiesto indistintamente sus propios defectos o los de su sociedad. Tal vez es por esto que la Santa, tan amiga de buenos libros, insista tanto a sus monjas en la necesidad de leer y en formarse un buen criterio. Porque esta es otra confusión muy común: creer que cuanto más ignorante, se es más humilde, y cuanto más se sabe, más soberbio. La verdadera humildad no nace de la ignorancia y del desconocimiento, sino más bien todo lo contrario. De hecho, el modelo de humildad es la Sabiduría²² hecha carne.

Obediencia

Obedecer es primero y fundamentalmente escuchar y acoger. La humildad es lo contrario a la autosuficiencia. Y, aunque desgraciadamente muchas veces se ha creído lo contrario, lo más cercano a la obediencia es el diálogo y el contraste diáfano. El primer maestro en escucha y obediencia es Dios.

Teresa se siente hija de la Iglesia, a la que ama profundamente. Su reforma nace en medio de la ruptura protestante, que lamenta con dolor. Pero también le duele la actitud misógina y prepotente de la Iglesia. Resulta admirable la firmeza con que se atreve a pedir a las carmelitas que dialoguen y discutan con los representantes de esta Iglesia sus posturas sobre temas que fácilmente llevaban a la hoguera. Apenada por la negativa de muchos a que las mujeres pudieran orar, pedía a sus monjas que no se dejasen engañar y que tuvieran por peligro a quien las quisiera alejar del camino de la oración²³. Y así invitaba a sus monjas a pensar por sí mismas y a expresarse: “Dejaos... de temores adonde no hay que temer; si alguno os lo pusiere, declaradle con humildad el camino. Decid que Regla tenéis que os manda

²¹ Cf. CV 7,8.

²² Cf. CV 13,3.

²³ Cf. CV 27,6-8.

orar sin cesar... y si os dijeren...’’²⁴ contestad. Sin aspavientos, con sencillez, pero con las ideas claras. Teresa había experimentado el tormento y los escrúpulos por no poder creer a sus bienintencionados y equivocados confesores que le habían llegado a decir que estaba endemoniada²⁵, y a los que no se atrevía a contradecir²⁶ a pesar de su sufrimiento, pues veía que -en realidad- no la entendían²⁷.

Por esto habla con gran coherencia a sus monjas de que no han de decir a todo que sí, e incluso las incita al diálogo y discusión con los teólogos o los mismos confesores: “Le digáis (al confesor) esta razón con humildad y no le toméis (el consejo de dar higas)”²⁸. Ser críticas y usar la razón es fundamental para Teresa. Ella habla mucho de la razón, y en ningún caso para negarla (salvo que se trate de la “sinrazón” del ego). En este sentido, señala Maximiliano Herráiz: “El amor de Teresa a la Iglesia y la obediencia a quienes en ella encarnan el servicio de la autoridad, aparece de este modo en toda su grandeza, teologal y humana. Sabe obedecer, pero sin taparse los ojos ni comerse las palabras que brotan de su conciencia de ser miembro activo y responsable de su Iglesia. En ella, pese a todas sus lacras y todas sus lagunas humanas, permanece porque en ella sabe que está su hogar, porque es el hogar de Jesús. Dejarla, rompiendo ataduras jurídicas o afectivas, es dejar a Jesús. Como “poner a su Iglesia por los suelos” es “tornar a Jesús a la cruz” (C 1,2). Ni quiere ni puede vivir en una iglesia ideal, hecha a su medida. Quiere vivir en esta Iglesia que le “duele”, que es la suya porque es la de Cristo; y luchar hasta el extenuamiento por acercarla cada vez más al ideal, la utopía de la Iglesia celeste, escatológica que tan vivamente lleva presente en su espíritu”²⁹.

Y es aquí donde entra la asombrosa pedagogía de la Santa, que enseña a sus monjas a ser maduras y discernir cuándo hay que discutir y hablar y cuándo hay que callar. En el estudio del conocimiento propio y el de Cristo hay que buscar el equilibrio, sentido común y

²⁴ Cf. CV 21,10.

²⁵ Cf. V 25,14.

²⁶ Cf. V 29,4.

²⁷ Cf. V 30,1.

²⁸ 6M 9,13

²⁹ MAXIMILIANO HERRÁIZ, *Santa Teresa, maestra de espirituales*, Madrid, Ed Raxan, Instituto de espiritualidad a distancia, nº 13, p. 243.

discreción que ayuden a hacer en cada momento lo más adecuado³⁰. Callar cuando hay que hablar no es humildad ni verdad sino cobardía, y hablar cuando hay que callar es dejarse llevar del amor propio³¹.

SER TALES

Ser. Ahí se libra la verdadera batalla: “Procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios”³². Ser tales es renacer derrotando el egoísmo: porque cuando Teresa nos habla de “ser tales” no está pensando en fundar una élite de creyentes que se regodean mutuamente, sino en un servicio eclesial. En un momento histórico de grandes rupturas en la Iglesia, Teresa subraya la importancia de la formación y el buen discernimiento de los letrados, mostrando su desconfianza hacia los métodos violentos para resolver las disputas. Su modo de luchar a favor de la comunión es ahondando en el propio ser, logrando formar un pequeño grupo de buenos amigos de Cristo.

La Santa descubrió el sentido universal de la oración progresivamente. Fue bajo el impulso del conocimiento de los “males de la Iglesia” como germinó su auténtica vocación de fundadora y de escritora. Teresa entra en el ámbito de la gratuidad y del servicio: vivir para los otros y no para sí³³. La vida de oración no es para salvar la propia alma, sino para realizar “algún servicio mayor al que tantas (penas) pasó por nosotros”³⁴. En este “ser” se libra una batalla que es fundamental, no sólo a nivel personal, sino sobre todo, a nivel de la humanidad.

³⁰ “Como algunas veces es lícito (disculpase) y sería mal no lo hacer, no tengo discreción o, por mejor decir, humildad, para hacerlo cuando conviene”, CV 15,1.

³¹ No hay que olvidar que el mismo Jesús que calló ante los jueces fue condenado a la cruz porque se había enfrentado al poder religioso y político a los que criticó duramente.

³² CE 3,2.

³³ “En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia”, CV 1,2.

³⁴ CE 3,6.

Conocimiento propio

El conocimiento propio es la esencia de la humildad, reconocer el “humus” de que estamos hechos: “Jamás se ha de dejar... es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de oración”³⁵. Para ello es imprescindible adquirir una actitud de escucha, de discernimiento: “Procurad mucho tratar esas mercedes y regalos con quien os dé luz, sin tener cosa secreta; y tened este cuidado: que en principio y fin de la oración, por subida contemplación que sea, siempre acabéis en propio conocimiento... porque trae consigo humildad y siempre deja con más luz para que entendamos lo poco que somos”³⁶. Pero también hay que poner cuidado con quién se discierne y contrasta; de ahí el amor de Teresa por los mejores letrados, su deseo de diálogo con personas que puedan verdaderamente ayudar, pues ella misma experimentó la frustración de ser obstaculizada por hombres de buena voluntad, pero con falta de letras y de entendimiento. Teresa insiste en este cuidado que se ha de tener en llevar a cabo dicho discernimiento: “Tratarlo todo con quien os entienda... porque no sabemos nosotros entendernos”³⁷.

Esta apertura al diálogo, la escucha, la introspección, es lo que trae la libertad y seguridad en sí mismo, la alegría y ensanchamiento³⁸ de corazón. Y esta es una virtud esencial para toda persona que se precie de ser alma de oración. Es por ello que en su primera redacción de *Camino*, Teresa es taxativa: “¡Oh, qué grandísima caridad haría y qué gran servicio a Dios la monja que se viese que no puede llevar las perfecciones y costumbres que hay en esta casa, conocerse e irse, y dejar a las otras en paz!”³⁹. ¿De qué perfecciones y costumbres habla? Desde luego, no de devociones o las mal llamadas “santas costumbres”.

Las virtudes internas son para ella más importantes y fundamentales que las penitencias exteriores, y así subraya que ni siquiera nos habla de “penitencias y ayunos”, sino de “puntillos de honra”, verda-

³⁵ V 13,15.

³⁶ CV 39,5.

³⁷ CE 68,2.

³⁸ “No dejéis arrinconar vuestra alma”, CV 41,8.

³⁹ CE 19,5 En la segunda redacción lo suaviza: “Conocerlo e irse”, CV 13,5.

dera “sinrazón” que consiste en “unas condiciones que hay de suyo amigas de ser estimadas y tenidas, y mirar las faltas ajenas y nunca conocer las suyas”⁴⁰. Ella llama bienaventurada a la que sea tenida en menos, proponiendo no dar importancia a los agravios, sino querer imitar la humildad de Jesús⁴¹.

Quien con Quien

La oración es cuestión de relación: Dios y la persona en diálogo amoroso y conocimiento mutuo. Por ello, es imprescindible no sólo el propio conocimiento sino el de aquel “con quien vais a hablar o con quién estáis hablando”: ahondar en el estudio de este Dios que nos ama infinitamente. Teresa compara este conocimiento con el que una mujer ha de tener con su esposo y protesta con valentía contra aquellos a quienes “no les parece bien esto”, sin restringirlo a las monjas, pues es para toda persona bautizada. El objetivo primordial es el de contentarle a Él. “Esta es oración mental, hijas mías, entender estas verdades”⁴². Para ser yo, he de relacionarme y contrastarme con un tú. Desde nuestra infancia, nuestra referencia vital han sido los otros, colaboradores en la construcción de nuestro yo, para lo bueno y para lo malo. Para el alma cristiana, el Tú por excelencia es Cristo. Por esto, Teresa une constantemente el conocimiento propio con el de Cristo. El primero es “cosa tan importante... que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos... y -a mi parecer- jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios”. Somos hechura de Dios, criaturas formadas a su imagen y semejanza, por esto la nobleza y el aparejo para todo bien son el fruto de esta fusión de “conocimientos”, pues nos muestran lo mejor de nuestra persona.

⁴⁰Ib.

⁴¹ CV 15,3 “Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo estudiásemos mucho e hiciésemos penitencia, que en demasiadas penitencias ya sabéis os voy a la mano, porque pueden hacer daño a la salud, si son sin discreción. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores: no quitan las fuerzas del cuerpo para servir la religión, sino fortalecen el alma; y de cosas muy pequeñas se pueden... acostumbrar para salir con victoria en las grandes”.

⁴² CE 38,1-2.

El adentrarse en el ser de Dios nos hace salir del “cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía; de mirar si me miran, no me miran”, y dejan de afectarte las descalificaciones, pues te valoras en quien eres sin engaño; mientras las falsas humildades tuercen el propio conocimiento. La solución: “Pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien”, esto nos ennoblecerá el entendimiento (la inteligencia) “y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde”⁴³.

Discernirse y discernir

El contraste no nos hace más dependientes sino que -muy al contrario- nos adueña de nuestra existencia⁴⁴, desenmascarando nuestros engaños. La amistad entre orantes es la mejor guía para andar en la humildad/verdad/conocimiento: “No les sufre el corazón tratar con ellos doblez, porque si les ven torcer el camino, luego se lo dicen, o algunas faltas; no pueden consigo acabar otra cosa. Y como de esto no se enmendarán ni tratan de lisonja con ellos ni disimularles nada, o ellos se enmendarán o apartarán de la amistad;... es continua guerra”⁴⁵.

Teresa sufrió en su propia piel la dificultad de dejarse discernir. Incluso cayó en la misma tentación que con la oración, creyendo que debía esperar a tener fortaleza antes de contrastarse, pues temía no poder hacer lo que le indicasen. Hasta que comprendió que precisamente el medio de fortalecerse era “tratar con amigos de Dios”⁴⁶, descubriendo el enriquecimiento del contraste mutuo⁴⁷, aunque también sufrió la “contradicción de buenos”⁴⁸ ante la que hay que obrar con libertad.

Ella sugiere delicadeza y discreción para disponer al otro a escucharnos en este trato y lenguaje nuevo⁴⁹ (pues esta “verdad y llaneza” es un habla desconocida), y libertad para buscar personas santas y le-

⁴³ Cf. 1M 2,9-11.

⁴⁴ Cf. Ganándose “a sí para sí”, CV 29,7.

⁴⁵ CV 7,4.

⁴⁶ V 23,4.

⁴⁷ Cf. V 30,5.

⁴⁸ V 28,18.

⁴⁹ Cf. CV 20,4.

tradas que puedan iluminar nuestro camino⁵⁰.

“Desengañeme con verdad -es el grito de Teresa-, que se usan poco estas verdades”⁵¹. Hay que hacerse espaldas⁵² en esta lucha cuerpo a cuerpo contra la mentira; “desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos”⁵³.

Además, cuando conoces tus límites y tus dones, te liberas también de los prejuicios con el prójimo, y aprendes a relativizar y comprender sus defectos y a verle como una mina llena de tesoros escondidos, disponiéndote a ahondar al margen de toda impresión superficial. Porque no sólo es cuestión de discernirse, sino que también hay que querer discernir al hermano, ayudarle a crecer: “Pasan por los cuerpos y ponen los ojos en las almas y miran si hay qué amar; y si no lo hay y ven algún principio o disposición para que, si cavan, hallarán oro en esta mina, si la tienen amor, no les duele el trabajo”⁵⁴. El humilde está abierto a su propia verdad, y a la verdad del otro; tiene una vena profética que anuncia y denuncia a “tiempo y a destiempo”⁵⁵, que diría el apóstol. Interdependencia y libertad unidas, crecimiento y contraste mutuo, amistad verdadera que busca el bien ajeno: “Con sus amigos no hay poder hacer esto ni se les encubre cosa; las motitas ven”⁵⁶.

NEGRA HONRA

“¡Oh, por amor de Dios, hermanas!, que llevamos perdido el camino, porque va errado desde el principio; y plega a Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra”⁵⁷.

⁵⁰ Cf. CV 5,2.

⁵¹ V 16,6.

⁵² V 7,22.

⁵³ V 16,7.

⁵⁴ CV 6,8.

⁵⁵ 2 Tm 4,2.

⁵⁶ CV 7,4.

⁵⁷ CV 36,6.

La honra en la España del siglo XVI

Ser “alguien” en la España contemporánea a la Santa no tenía tanto que ver con valores humanos como con títulos, nombre, poder y apariencia. Los “de” (“de Ahumada”⁵⁸) indicaban rancio abolengo. Teresa conocía en carne propia los sufrimientos familiares por su ascendencia judía, conscientemente silenciada en sus escritos, y cuál fue el precio de la hidalguía de su abuelo (tras llevar el sambenito en Toledo), no sólo económico sino de desarraigo, al tener que emigrar a Ávila, donde poder recomenzar su vida. En aquel tiempo se luchaba por la hidalguía o demostración de ser un “cristiano viejo” sin ascendencia judía ni mora, y muchos estaban dispuestos a arruinarse por pagar un apellido ilustre⁵⁹.

El hecho de que la Santa abandonase su apellido “de Ahumada”, fue una revolucionaria rebelión social. Todas han de ser iguales en esta nueva familia. Cuando, en sus libros, nos dice de no nombrar a los propios padres, no está hablando de un desapego afectivo sino de un nuevo modo de vivir las relaciones interpersonales según las enseñanzas de Jesús, con auténtica fraternidad, sin distinción de clases. Todas han de ser iguales en este pequeño “colegio de Cristo”. Las diferencias de clases de la sociedad se reflejaban en los conventos de la época. Teresa misma las vivió en su convento de la Encarnación. En las comunidades teresianas no habrá clases de monjas, no tendrán criadas y se gozarán de vivir de su trabajo⁶⁰. En un tiempo en que se entendía era más digno de ser honrado el rico, el que tenía el apellido más ilustre, Teresa habla de la “honraza” de la pobreza, de la dignidad del ser humano al margen de los dioses del “poder” y el “tener”,

⁵⁸ Teresa llevaba de primer apellido el de su madre “de Ahumada”, más seguro y reconocidamente cristiano que el que le venía por la línea paterna: “Sánchez”.

⁵⁹ “El horror a la “sangre maldita” compelmía a proteger la respectiva limpieza. La prevención era general. Sin ella no se podían ejercer oficios honorables, civiles ni religiosos. También los monasterios vetaban su admisión. El honor de la sangre tenía que comprobarse con genealogías suficientes para entroncar con las estirpes cardinales.” EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS - OTGER STEGGINK, *Santa Teresa y su tiempo. I Teresa de Ahumada*, Universidad Pontificia de Salamanca 1982 p.39.

⁶⁰ Cf. CV 27, 5-6.

adorados en todas las épocas⁶¹. Ella, tras el trato con ese mundo de honras y postines, llega a aborrecer del todo esa vida llena de sujeciones: “Una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas”⁶².

En la escuela de Cristo

Es en la escuela de Cristo donde se aprende a amar. En una de las oraciones estremecedoras de Santa Teresa, el amor de Dios se nos manifiesta en Jesús, nuestro hermano, que “obliga” a su Padre a ser pura misericordia, perdonador de todos sus hijos pródigos, hasta el punto que olvida su propia honra; un Dios que no sólo no reprocha ni castiga, sino que perdona, consuela y sustenta a sus criaturas. Dios obra así como fruto de este amor que no deja que nada impida derramar su misericordia⁶³.

Entroncando con el mensaje más profundo del Evangelio, Teresa cambia los conceptos de la época, y nos lega la definición de la verdadera honra, que no puede ser otra que la que escogió Jesús, quien “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos”⁶⁴. Jesús es fiel reflejo de este Padre, y también se humilla⁶⁵, llegando conocer a fondo nuestra masa⁶⁶, compartiendo nuestro mismo barro y “mostrándonos un ejemplo para

⁶¹ “¿Ni qué se me da de sus honras si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? Tengo para mí que honras y dineros casi siempre andan juntos, y que quien quiere honra, no aborrece dineros, y que quien los aborrece, que se le da poco de honra... La verdadera pobreza trae una honra consigo que no hay quien la sufra” CV 2,5-6.

⁶² V 34,4.

⁶³ CV 27,2-3.

⁶⁴ Flp 2,6-7.

⁶⁵ “Que entiendan y vean que es posible humillarse Dios a tanto”, MC 1,5.

⁶⁶ “Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles. Porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro”. *Salmo* 103,13-14.

que sigamos sus huellas”⁶⁷. “¡Oh, Señor, Señor! ¿Sois vos nuestro dechado y Maestro? Sí, por cierto. Pues ¿en qué estuvo vuestra honra, Honrador nuestro? ¿No la perdisteis, por cierto, en ser humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganasteis para todos”⁶⁸.

Entender la honra

Por esto, Teresa da tanta importancia al olvido de la propia honra, que es como una ponzoña que se mete en los recovecos del alma. Hay que abandonar el orgullo, por amor al otro. Sin embargo, llama a estremar la delicadeza, cuando se trata de la honra ajena, como en el caso de una hermana que no se entiende con su confesor. Sin dejar de defender la libertad de sus hermanas para elegir confesores, no deja de advertir: “Lo mejor sería decir a la prelada que no se halla bien su alma con él y mudarle; esto es lo más acertado, si se puede hacer sin tocarle en la honra”⁶⁹.

La clave es “entender” en qué consiste la honra; cómo no es más que un gran infantilismo e inmadurez, “casas de pajitas”. Gran definición de “honra” la que da la Santa al hablar de su propia experiencia: “Íbame al hilo de la gente”⁷⁰. Cuando esto se ha comprendido, surge espontáneamente el sonrojo y una nueva concepción de la vida. Como buena maestra, Teresa da respuesta de cómo ganar esta batalla: saber mirar hacia dentro: “Dar vuelta sobre su vida, y mirar lo que ha servido con lo que debe al Señor, y las grandezas que hizo en bajarse a sí para dejarnos ejemplo de humildad”, y mirar el ejemplo vivo que es Cristo. Para no dejarse envenenar por este “tóxico” no hay que quedarse sólo con lo interior, sino “hacer un oficio bajo” y andar “estudiando en esto cómo doblar vuestra voluntad en cosas contrarias”⁷¹.

Concedora de nuestra condición, Teresa pone al descubierto nuestros diálogos internos negativos y nuestros razonamientos -o más bien “sinrazones”- ante lo que entendemos como un ataque a nuestro ego y realiza una crítica acertada: “Toda persona que quisiere ser per-

⁶⁷ 1Pe. 2,21.

⁶⁸ CV 36,5.

⁶⁹ CV 4,13.

⁷⁰ CV 36,3.

⁷¹ CV 12,6-7.

fecta huya mil leguas de: «razón tuve», «hiciéronme sinrazón», «no tuvo razón quien esto hizo conmigo». ¡De malas razones nos libre Dios! ¿Parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiese llevar cruz, sino la que le dieran muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, adonde aún no le guardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto que no debáis más? ¿Qué razón es ésta? Por cierto, yo no la entiendo”. Concluye con una bienaventuranza en el más puro estilo evangélico: “La que le pareciere es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada; y así lo es si lo lleva como lo ha de llevar”⁷². Ante estos movimientos interiores y pensamientos de “derechos” y de ser más -“«si soy más antigua»... «si tratan a la otra mejor»”- no hay que detenerse, sino “atajarlos con presteza”, pues el sólo pensamiento (y ya no digamos el hablar de ello) es “pestilencia”, y “de donde nacen grandes males” y, si se consiente, “están en gran peligro”⁷³.

ORACIÓN PERFECTA

La humildad no es una virtud para vivir sólo en los monasterios, sino una actitud esencial para quien quiera ser orante. Teresa sabe bien que “en cada parte puede el alma perfecta estar desasida y humilde... Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra o de hacienda... aunque tengan muchos años de oración (o, por mejor decir, consideración, porque oración perfecta, en fin, quita estos resabios), que nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración”⁷⁴.

Oración mística

Un punto en el que insisten los místicos es que la oración no es lo que se entiende precisamente por “fenómenos místicos”. Sin negar

⁷² CV 13,1-3.

⁷³ CV 12,4.

⁷⁴ CV 12,5; “Lo que yo he entendido es que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad”, V 22,11.

que puedan darse, insisten en relativizarlos y en poner el acento en una relación teologal: de fe, esperanza y amor con Dios, que dé frutos de amor al prójimo. Esta es la auténtica mística, y sin ésta, lo demás no son más que engaños superficiales. Hablando de las visiones, en el libro de las *Fundaciones* la Santa avisa: “El bien o el mal no está en la visión, sino en quien la ve y no se aprovecha con humildad de ellas; que si ésta hay, ningún daño podrá hacer, aunque sea demonio; y si no la hay, aunque sean de Dios, no hará provecho. Porque, si lo que ha de ser para humillarse, viendo que no merece aquella merced, la ensoberbece, será como la araña que todo lo que come convierte en ponzoña, o la abeja, que lo convierte en miel”⁷⁵. Arañas o abejas, la elección está en la actitud del orante, no en el hecho en sí, ni siquiera en si es de Dios o no lo es. Y escribiendo sobre las “hablas”, pone como señal de ser de Dios, que dejan en el alma “paz y luz”, y añade: “Mas puede hacer poco daño o ninguno si el alma es humilde y hace lo que he dicho de no se mover a hacer nada por cosa que entienda”⁷⁶. De hecho, ella misma no obraba por lo que pudiese entender en la oración⁷⁷, sino que lo contrastaba con sus confesores. Por más que comprendiese le pareciese que era de Dios, ponía como guía orientadora y criterio de discernimiento “los efectos” que dejaba en su modo de obrar y de relacionarse. Aunque el servicio, la alegría y la serena confianza son generalmente buenas señales en lo que ponía más interés, lo que más deseaba para sí y sus hermanas era las virtudes internas: “Y en esto ha puesto a sus monjas, diciendo que la más humilde y mortificada sería la más espiritual”⁷⁸.

La oración teresiana no se fundamenta en fenómenos místicos, por mucho que desgraciadamente tenga esa “mala prensa”, fruto a veces de la iconografía y del desconocimiento. Su oración es algo tan sencillo y tan comprometedor como la amistad, cordial atención al Dios que nos habita y nos llama. Teresa advierte que querer “subirse” en la oración, suspender el entendimiento, tener experiencias extraordinarias, es una clara falta de amor, de gratuidad, de humildad. Y si se dan, para saber si esta oración es “del Señor”, sugiere a sus monjas

⁷⁵ *Fundaciones* = F 8,3.

⁷⁶ 6M 3,16.

⁷⁷ Recordemos que en la oración se entienden verdades, Cf. 38,1-2.

⁷⁸ CC 53,15-16. Teresa acentúa constantemente que las virtudes se han “más de procurar, y son de gran precio para la religión”, F 8,9.

contrastarlo con claridad con la priora y el confesor, y que éstos estudien su “complejión y perfección”, pues en muchas ocasiones, dichos fenómenos son expresión de una psicología frágil, de una imaginación hiperactiva o de un cuerpo al límite de su resistencia. También hay que mirar si consciente o inconscientemente la persona busca llamar la atención, o si más bien es lo contrario: “Procurad, hermanas, siempre humildad y ver que no sois dignas de estas mercedes y no las procuréis”⁷⁹. El verdadero humilde va contento por donde Dios le llevare⁸⁰, pues tiene su gozo puesto en el contento ajeno más que en el propio⁸¹.

Sequedades y gustos

La oración en sí nunca es camino de peligro⁸², pero sí lo es un pseudomisticismo llamativo, que no es oración. Porque la oración es un ejercicio que implica salir de sí en busca del Otro, librarse del propio egoísmo y gusto para dar gusto al Otro; para ello hay que pasar muchas horas de sequedad y desabrimiento, lo que requiere abundante fidelidad y paciencia para lograr saborearlas y trascender ese aparente silencio de Dios, hasta vivir en el amor gratuito⁸³. Es Dios el que ilumina a la persona y le enseña para que sepa sacar “de las sequedades humildad y no inquietud”. Teresa afirma que aunque nunca se sienta gozo en la oración (ella lo llama “regalos”), sí que da “una paz y conformidad con que anden más contentas que otros con regalos”. Las sequedades en la oración nos unen más a la cruz de Cristo y nos muestran la calidad de nuestro amor: “Somos amigos de contentos más que de cruz. ¡Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades para que nos conozcamos!”⁸⁴.

⁷⁹ CV 38,4 Y también: “Que si (los gustos) son de Dios, no hay que temer, consigo traen la humildad”, CV 17,3.

⁸⁰ Cf. CV 17 título.

⁸¹ Cf. CV 13,7.

⁸² CV 21,7 “Peligro será no tener humildad y las otras virtudes; mas camino de oración camino de peligro, nunca Dios tal quiera”.

⁸³ ¡“Oh humildad, humildad! No sé qué tentación me tengo en este caso, que no puedo acabar de creer a quien tanto caso hace de estas sequedades, sino que es un poco de falta de ella”, 3M 1,7.

⁸⁴ 3M 1,9.

Los gustos que se dan en la oración no son malos, el peligro está en que el orante termine por buscarlos a ellos en vez de a Dios. Y es esta una tentación muy sutil en la que es muy fácil caer. Teresa recuerda haberle sucedido al menos en una ocasión: “Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos... Quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dio lo que me había atrevido a pedir”⁸⁵. Cuando Teresa baja a su verdad, y descubre que se ha dejado llevar del egoísmo, entra en la verdadera oración, que es el conocimiento propio. Sin él, toda oración es estéril. Teresa llega a valorar esta humildad más que el acto mismo de la oración, que es su tesoro máspreciado; y hace una afirmación que sigue siendo novedosa para muchos ambientes que se consideran espirituales: “Tengo por mayor merced del Señor un día de propio y humilde conocimiento, aunque nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oración; cuánto más, que el verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado. ¡Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración”⁸⁶. Así, el gusto o disgusto en el acto mismo de la oración no es materia de discernimiento de oración verdadera o falsa, sino la capacidad humilde de sacar de ello mayor conocimiento de uno mismo y de Dios.

El conocimiento propio es una terapia dolorosa, que conlleva una introspección que muchas veces no sólo es árida, sino también penosa. No es esta la idea de oración que nos empeñamos en transmitir, sin embargo es la que los mejores místicos han experimentado y nos comunican. En una carta al padre Jerónimo Gracián, la Santa nos dice en qué consiste la verdadera oración, uniéndola a las virtudes -y no tanto a las ternuras y devoción- al desligarla de la noción de oración como placebo espiritual que sigue estando en boga: La verdadera oración -dice Teresa a Gracián- no son “unos gustos para nuestro gusto no más. Y cuando se ofrece lo que he dicho (mucho flojedad y temores y sentimiento de si hay falta en nuestra estima) yo no desearía otra oración, sino la que me hiciese crecer las virtudes. Si es con grandes tentaciones y sequedades y tribulaciones y esto me dejase más humilde, esto tendría por buena oración”. Quien es verdaderamente orante busca agradar a Dios y darle contento a él. Cuando esto sucede, aunque sea con sufrimiento interno, se produce la auténtica unión con

⁸⁵ V 9,9.

⁸⁶ F 5,16.

Dios. “Mucho más que el que se está quebrando la cabeza a sus solas y pensará, si ha estrujado algunas lágrimas, que aquello es oración”⁸⁷.

Esta dosis de realismo personal, de conocimiento veraz⁸⁸ de las propias limitaciones y carencias (no olvidemos que también de nuestros valores y dones) es, en muchas ocasiones, un proceso lento y punzante, pues afecta a lo más profundo de nuestra existencia, pero da como fruto la auténtica paz, consecuencia de la comprensión de nuestro ser; es el único instrumento que nos capacita para el cambio, para una auténtica renovación interna, aunque sea incómoda. Como dice un teólogo español: “Creo que lo definitivo, y lo único que puede seguir siendo eficaz a la larga, es la sinceridad brutal y la lucidez sobre uno mismo, mucho más que las mil ascéticas concretas que duran poco. La seguridad de que, a la larga, en la vida vale más una debilidad lúcida que una inocencia engañada, porque la debilidad lúcida nunca podrá sentirse cómoda, mientras que la inocencia engañada, si no deja de ser engañada, acabará por dejar de ser inocencia, aun sin saber cómo ni cuándo”⁸⁹.

Frutos de la oración

En el capítulo 24 de la primera redacción de *Camino*, Teresa dialoga de modo fascinante con sus monjas. Comienza explicando que la humildad es el “cabello” con el que atraemos al Señor, la “dama” del juego de ajedrez por la cual el rey se deja vencer. Por humildad, “la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”⁹⁰ naciendo de una mujer⁹¹, formándose en sus entrañas. Y concluye dicho capítulo: “Porque no puedo yo entender cómo haya ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad, ni es posible estar estas dos virtudes

⁸⁷ Cta. 132,8; 23 octubre 1576; “No son las lágrimas... todas perfectas; y la humildad y mortificación y desasimiento y otras virtudes siempre hay más seguridad”, CV 17,4; “No está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura... sino en servir con justicia y fortaleza de alma y humildad”, V 11,13,

⁸⁸ La oración hace verdaderos, personas veraces, Cf. CV 40,6,

⁸⁹ J. I. GONZÁLEZ FAUS, “La experiencia espiritual de los Ejercicios de san Ignacio”, en *Cuadernos Aquí y Ahora*, Sal Terrae, nº 7 (1990), p. 18.

⁹⁰ Jn 1,14.

⁹¹ Gál 4,4.

sin gran desasimiento de todo lo criado. Diréis, mis hijas, «que para qué os hablo en virtudes, que hartos libros tenéis que os las enseñan»; «que no queréis sino contemplación». Digo yo que, aun si pidierais meditación, pudiera hablar de ella y aconsejar a todos la tuvieran, aunque no tengan virtudes... Mas contemplación es otra cosa, hijas⁹². Amor, desasimiento y humildad van siempre unidas, son vasos comunicantes. En nuestra limitación, necesitamos hablar de ellas en “apartados”, pero en la práctica, son inseparables. Lo mismo nos ocurre con acción y contemplación, fe y obras, ascesis y libertad... Los maestros de oración jamás separan estos conceptos, pues conocen que el orante forma un todo ante sí mismo, ante los demás y ante Dios.

Oración y virtudes han de ir de la mano⁹³, pero Teresa también tuvo experiencia de que no se fíaran de su oración y que la tomaran por obra del demonio, pues ella no podía ser coherente con las gracias que recibía⁹⁴. Muchas veces nos invade el desánimo al ver que nuestra vida no es acorde con el Evangelio, por mucho que nos esforzamos, pero seguimos siendo testigos de la pedagógica paciencia de Dios. También Teresa es la primera en dar testimonio de la gratuidad de Dios, que puede darse en la oración a cualquiera, incluso cuando nuestra vida no es tan conforme como quisiéramos⁹⁵. El conocimiento de la misericordia divina termina transformando a la persona -pues amor saca amor- y dando frutos de virtudes. Lo mismo que la práctica amorosa de las virtudes termina por unir al alma con Dios.

Al igual que el amor no es un sentimiento, la humildad tampoco lo es. Es una actitud adulta y consciente, una opción vital a lo largo de la vida de la persona. El comentario del Padrenuestro en *Camino* nos lleva desde el principio a un estudio sobre la humildad, desde

⁹² CE 24,2-4.

⁹³ “Virtudes pido yo a Nuestro Señor me las dé, en especial humildad y amor unas con otras, que es lo que hace al caso”, Cta. 413,6 (28 dic 1581).

⁹⁴ Cf. V 23.

⁹⁵ Pero no hay que dormirse en las “buenas intenciones”: Dios es flexible, lo que no exime a la persona de tratar de hacer “algo”, por poco que sea (Cf. CV 23,3). También Teresa nos advierte del peligro de soñar imposibles y pasar la oración pensando en lo “que haremos y conteceremos por los prójimos y por sola un alma que se salve; porque, si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Así digo de la humildad también y de todas las virtudes”, 5M 3,9.

cuando comienza con su desgarrador asombro de poder llamar a Dios “Padre” (la humildad de Dios) hasta el final.

Merece una mención especial el comentario teresiano a la frase “perdona nuestras deudas”. Conocedora de la insobornable bondad de Dios y de su perdón incondicional, insistirá en este aspecto, diciendo que quien no es capaz de perdonar una injuria “por grave que sea... no fie mucho de su oración y témase mucho”. No dice que no se sienta la dificultad, pero nos enseña cómo reaccionar ante la injuria, cómo aprender a perdonar “con la cabeza” si alguna vez se resiste el corazón, ayudándose con la razón a trascender. También nos habla de ser personas que tienen tan bien puesta su propia estima que no se turban al ser conocidos sus defectos y pecados, pues se tienen olvidadas de sí mismas. La “humildad y amor grande a Dios” en cosa que “sea servirle más”, hace no tener por injuria lo que otros tienen por tal. Aunque lo que verdaderamente incapacita para el rencor es la unión del alma con “la misma misericordia adonde conoce la que es y lo mucho que le ha perdonado Dios”. El perdón se convierte en ineludible⁹⁶ respuesta amorosa, conociendo que vale más a los ojos de Dios que la penitencia, la oración o el ayuno. Quien logra llegar a este punto ha llegado a “contemplación perfecta y si no tiene estos efectos y sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión”⁹⁷.

En definitiva, Teresa es una mujer orante, que subyugada por la experiencia del amor gratuito e incondicional de Dios, se deja transformar por Él y nos da la clave de lo que es ser “espiritual de veras”, el verdadero espíritu de oración: poner los ojos en Cristo crucificado y vivir para servir y dar gusto a los demás⁹⁸. Al contrario de lo que muchas veces queremos “vender”, incluso las personas de oración, Teresa se atreve a decir que “oración y regalo no se compadece”⁹⁹. porque el ejercicio de la humildad es exigente y conlleva la renuncia a la que lleva el amor, que es la más radical, la que es capaz de olvidarse de sí por los demás: “Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicie-

⁹⁶ “Darle nuestra voluntad y perdonar... es para todos”, CV 37,3.

⁹⁷ Todo el párrafo Cf. CV 36,8-13.

⁹⁸ CV 5,2.

⁹⁹ CE 5,2.

reis en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes que no se os caiga el castillo”¹⁰⁰.

Verdadero Camino

Teresa enraíza espontáneamente su fe en el Dios bíblico, a pesar de la censura creciente sobre la Biblia que se extendía en el mundo católico (y más en el español), en contestación a la reforma protestante: “El contacto de Santa Teresa con la Biblia fue en su mayor parte indirecto, debido a su desconocimiento del latín, al ambiente inquisitorial y a los Índices prohibitorios de versiones castellanas... No obstante, a tenor de las citas y alusiones bíblicas que ella va haciendo en sus escritos (unas 870 según los registros de Román Llamas al final del libro), se puede decir que conoció la mayor parte de la Escritura”¹⁰¹. Teresa se duele en más de una ocasión porque niegan a las mujeres la fuente del conocimiento de Dios, pero como buena luchadora encuentra la respuesta en la oración bíblica por excelencia que no pueden negarles: el Padre Nuestro: “Huir el bien para librarse del mal, nunca yo tal invención he visto; bien parece del demonio. ¡Oh Señor mío!, tornad por Vos; mirad que entienden al revés vuestras palabras... Haced bien, hijas, que no os quitarán el paternóster y el avemaría”¹⁰².

Como los profetas del pueblo de Israel, la Santa une la humildad con la pobreza (desasimiento), el abandono confiado, la verdad, la bondad y una profunda y constante actitud de búsqueda amorosa. Como dice el profeta Sofonías: “Buscad al Señor los humildes, que cumplís sus mandamientos; buscad la justicia, buscad la moderación... Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no cometerá maldades, no dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera; pasarán y se tenderán sin sobresaltos”¹⁰³.

¹⁰⁰ 7M 4,8.

¹⁰¹ ROMÁN LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, EDE Madrid 2007 p. 10 (del Prólogo de Salvador Ros García).

¹⁰² CE 36,4.

¹⁰³ Sf. 2,3; 3,12-13.

Los ojos en Cristo

“Todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos, que, si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino”¹⁰⁴. Este verdadero camino es Jesús, la Persona que transforma a Teresa y reencauza su vida. El amor de Teresa por la Escritura es amor a Jesús, la Palabra de Dios que cimienta en la Verdad y ayuda a caminar en ella, librándonos de una vida devota pero sin razón ni fundamento¹⁰⁵. La “divina verdad” regala a Teresa el don de la humildad, enseñándole “qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad”¹⁰⁶. Esta Verdad la libera de todos sus miedos y afectividades insanas, haciendo de ella una mujer nueva, resucitada¹⁰⁷, que vive a la luz de la Pascua.

Así, el humilde, mirando a Jesús sobre todo en su pasión, no busca deleites, riquezas ni honras. Muchas veces decimos no saber cuál es la voluntad de Dios, y Teresa nos la recuerda con gracia: “No hayáis miedo sea daros riquezas ni deleites ni honras ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco”. Mirando la vida de Jesús, que en el huerto de los olivos dijo “que no se haga mi voluntad sino la tuya”, llega inmediatamente la respuesta¹⁰⁸: “Mirad si la cumplió bien en él en lo que le dio de trabajos y dolores e injurias y persecuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz”¹⁰⁹. Jesús es el primero que cumple la voluntad del Padre a precio incluso de dejarse cada día hacer pedazos por nosotros, haciendo que “todo nuestro bien” sea “a su costa”¹¹⁰. Este es el Dios humanado que enternece el corazón de Teresa, aquel que quiere servirnos cada día y no desampararnos, y por eso se queda en la Eucaristía¹¹¹, donde podemos hallarle “como queremos”: “Hallará en el Santísimo Sacramento sabor y con-

¹⁰⁴ CV 16,7.

¹⁰⁵ “Llegados a verdades de la sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. De devociones a bobas nos libre Dios”, V 13,16

¹⁰⁶ V 40,3.

¹⁰⁷ Cf. V 5,11; 6,9.

¹⁰⁸ Lc. 9,58.

¹⁰⁹ CV 32,6.

¹¹⁰ CV 33,4.

¹¹¹ “Tan humilde bajo especies de pan”, MC 1,11

solación. No hay necesidad ni trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos”¹¹².

Pobreza de Cristo

Desde el abajamiento de la encarnación, pasando por la cuna y hasta la cruz, la humildad ha sido el camino de la manifestación de Dios a la humanidad. Humildad en el sentido espiritual, pero también en el material. Se ha relacionado mucho con la pobreza y la sencillez, interior y exterior. Jesús es el modelo humilde, aquel que se abaja y “como es Señor, consigo trae la libertad y, como nos ama, hácese a nuestra medida”¹¹³. Teresa une la pobreza material con la humildad, considerándolas la verdadera clausura y la verdadera religión de la casa y poniendo inmediatamente a Jesús como modelo: “Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa, sino en el portal de Belén adonde nació y la cruz adonde murió. Casas eran éstas adonde se podía tener poca recreación”¹¹⁴. Una persona orante ha de ser alguien que no se queda estático ante la pobreza de este mundo; ante la pobreza de Jesús, sólo puede tener una respuesta de austeridad solidaria y responsable. Por esto ponía Teresa tanto empeño en ser pobres y no tener renta, como un testimonio vital de seguimiento de Cristo¹¹⁵, quien “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza”¹¹⁶.

Nunca tornó de sí

Jesús es el Camino que nos ayuda a transitar por la vida. Para Teresa el Jesús bíblico, encarnado, humanado, es la única guía para este viaje: “Espanta mirar esta (vuestra) majestad; mas más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una

¹¹² CV 34,2.

¹¹³ CV 28,11.

¹¹⁴ CV 2,8-9.

¹¹⁵ Pero prefiere que sus monjas tengan renta que pedir a quienes pueden necesitar más, Cf. CV 2,3.

¹¹⁶ 2Cor 8,9.

como yo”¹¹⁷. En una de las más hermosas definiciones que Teresa da de Cristo -al margen del “título” de amigo-, nos dice que es el que “nunca tornó de sí”¹¹⁸. Este es el Dios de Teresa, sin ninguna duda: un Dios que encubre males y descubre bienes, que dora las culpas, perdona y olvida, que no se cansa de dar gratuitamente, que nos espera, que se entrega a sí mismo... Porque esta es la verdadera humildad de nuestro Dios: que se pierde a sí mismo por amor, hasta el punto de tomar la condición de esclavo y, más escandaloso aún, la de la mujer: “Así como dicen ha de hacer la mujer, para ser bien casada con su marido... hace el Señor con nosotros: que él se hace el sujeto, y quiere seáis vos la señora y andar él a vuestra voluntad”¹¹⁹.

Humildad es desasimiento amoroso de sí mismo, si no sería humillación; sin este amor sería un ejercicio ascético voluntarista. Sólo en Cristo, nuestro buen maestro que nos enseña con el ejemplo, cobra sentido la auténtica ascética teresiana, que libera y fortalece, y que no es otra que poner en práctica estas tres virtudes que el Maestro nos enseñó por obra¹²⁰. Por eso Dios se deja vencer por nuestra humildad¹²¹, porque es el camino por el cual se nos manifiesta. Lo mismo que en la oración, el alma se entenece y trasforma ante este Dios que se puso el “primero en el padecer”¹²². Dios se conmueve ante el alma humilde que sólo busca participar del anonadamiento de amor de su Dios.

JUNTOS ANDEMOS

La humildad es un camino, no una meta. Es un proceso y una búsqueda constante. Como bien dijo Teresa en la más hermosa definición de esta palabra: “Es andar en verdad”. Una verdad polifónica y poliédrica, abierta a la perspectiva del otro, dispuesta a enriquecerse, a crecer. Una humildad y una verdad que no se estancan, sino que viven

¹¹⁷ V 37,6.

¹¹⁸ CV 35,3.

¹¹⁹ CV 26,4-5. De hecho Jesús cuando lava los pies a los discípulos tomó el papel de esclavo y de mujer.

¹²⁰ Cf. CV 10,3; 42,6 y *Desafío espiritual* 28.

¹²¹ Cf. 4M 2,9.

¹²² V 22,6.

en camino, dinámicas, receptivas: “Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad y púsoseme delante... que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad... y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. ¡Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento, amén!”¹²³.

Avanzando juntos

El grupo, el otro, es algo esencial para el desarrollo de la persona y, por lo tanto, del orante. Desde niña, Teresa desarrolla grandes capacidades de comunicación y relación. Su empatía y su talento para “dar contento adondequiera que estuviese”¹²⁴ la capacitan extraordinariamente para la comunión. Por eso no vive su fe de modo intimista, sino que se duele de los acontecimientos de su mundo y la Iglesia. Adquiere una mentalidad universal cuando no había la conciencia actual de globalización, animándonos dejar de dolernos de nuestras pequeñeces, e invitándonos a abrirnos a horizontes más amplios: “¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudádmele a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor”¹²⁵. Porque cuando somos capaces de salir de nuestro ego y entramos en la verdad de quiénes somos y quién es Dios, automáticamente surge el deseo de comunicarse y de servir como respuesta ineludible, sabiendo que el alma queda “mientras más sirve más adeudada”¹²⁶, porque la nueva honra se traduce en poder “servir a las siervas del Señor”. Tratar de entender cómo ejercitarse en la humildad mirando al Señor, que no sólo nos dijo que ocupásemos el último lugar sino que “nos lo enseñó por la obra”¹²⁷.

La comunidad es esencial para el orante. Teresa es clara: solo Dios no basta: “Os dirán que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos; siempre se sa-

¹²³ 6M 10,7; Cf. Conclusión *Moradas* 2; “Amar a Dios es amar las verdades”, Cf. CV 40,3.

¹²⁴ V 2,8.

¹²⁵ CE 1,5.

¹²⁶ CV 32,13.

¹²⁷ CV 17,1.

ca gran ganancia, yo lo sé por experiencia; que después del Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes”¹²⁸. El peor enemigo no son los “enemigos públicos” sino esas actitudes personales que “nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes y andamos en la misma tentación y no lo entendemos”. La vida en común ayuda a hacer claridad y que no se nos “escondan la luz y la verdad”¹²⁹.

Andar despertando

Un tópico que la Santa desmonta es el de que una persona siempre recogida es la más orante, advirtiendo que por santo que alguien crea ser, no puede saber si tiene paciencia ni humildad, ni tiene cómo saberlo, salvo si sale a la “arena” de la relación interpersonal y ve en la ocasión si los actos y las palabras concuerdan. Y si no es así, requerirá ir doblando la voluntad¹³⁰. La filosofía de vida que Teresa implanta en sus conventos no es casual. El hecho de querer ser un grupo tan reducido de personas (“solas doce” en un principio), era para poder ser una comunidad de contraste y conocimiento mutuo. Un grupo pequeño que trabaja por conocerse mejor: “Trajísteme adonde, por ser tan pocas, que parece imposible dejarse de entender, porque ande con más cuidado”¹³¹; y una familia donde nadie es más que nadie, pudiéndose corregir y contrastar mutuamente¹³², y donde también se gozan de las virtudes de las hermanas¹³³. Es la “casa de santa Marta”,¹³⁴ donde la dicha consiste en “andar alegres sirviendo”¹³⁵ a las hermanas, que es servir al Huésped; mientras las riñas o bandos (soberbia de grupo) sería echar al Esposo¹³⁶.

¹²⁸ CE 11,4.

¹²⁹ CV 38,2.

¹³⁰ Cf. F 5,15; 7M 4,7.

¹³¹ CV 8,2.

¹³² “Y la más chiquita... acuérdele a la mayor: con humildad le diga que va errada”, CV 2,4.

¹³³ CV 7,9.

¹³⁴ CV 17,5-6.

¹³⁵ CV 18,4.

¹³⁶ Cf. CV 7,10.

Teresa exhorta a beneficiarse de valores como no juzgar, ser flexibles¹³⁷ con el criterio ajeno, afabilidad, humanidad...: “Cuanto más santas más conversables”¹³⁸. Porque la comunidad no es la suma de sus miembros, ni un grupo de personas que siguen el mismo horario o que viven bajo un mismo techo, sino un modo de vivir las relaciones interpersonales, que para la persona orante es en clave de servicio y de amor. Las relaciones nunca son estáticas y por esto es un aprendizaje que habrá que ir realizando en progresión imperfecta, poco a poco¹³⁹, y donde el grupo es estímulo para crecer: “¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor”¹⁴⁰.

PARA CONCLUIR

“Concluir”, por decir algo, porque en este camino no hay fin, y se comienza cada día, cada “ahora”¹⁴¹. La humildad nos ayuda a ir al fondo de nuestra verdad, liberándonos para amar en plenitud y transformando nuestras relaciones (con nosotros mismos y con todo lo que nos rodea) al modo de ser de Dios. La humildad nos desata de las modas y las honras. Ya que la verdadera humildad es conocimiento y verdad y, por lo tanto, una tarea para toda la vida, hay que despertarse mutuamente para caminar fraternamente hacia ella. La humildad nos ayuda a andar con firmeza, sin miedos¹⁴²; nos une y asemeja al “capitán del amor”: Jesús¹⁴³.

“Quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien por imitaros en algo. Juntos andemos, Señor; por donde fuereis, tengo de ir; por donde pasareis, tengo de pasar”¹⁴⁴.

¹³⁷ Como Dios que “como es tan bueno, no nos fuerza”, CV 20,2.

¹³⁸ Cf. CV 41,6-7.

¹³⁹ CV 7,5.

¹⁴⁰ 7M 4,14; Cf. CV 12,3.

¹⁴¹ F 29,32.

¹⁴² Cf. F 4,4.

¹⁴³ CV 6,9.

¹⁴⁴ CV 26,6.